

FC_ Cilaia _ El convento y mi vida

Hoy cuando la vida me ofrece la plenitud de días sin apuros y cielos tan celestes que con solo estirar la mano puedo acceder a sus puertas quiero relatar un episodio que representó una experiencia única que marcó mi recorrido.

Nunca hay que conformarse. Las flores ofrecen, cada tanto, nuevas tonalidades y las montañas sendas ignotas para descubrir.

Aquel atardecer me fui de mi casa antes que mi marido volviera. Era un buen hombre excepto cuando bebía.

Apenas cruzaba la puerta, sus ojos rojos alrededor del bello color almendra de los que me había enamorado mucho tiempo atrás me hablaban de lo que vendría: gritos y maltratos. Su mano grande, antes amorosa que provocaba en mí sensaciones placenteras, ahora me cruzaba la cara. Yo lloraba, en silencio, más lo enojaba. Pasada la furia destructiva, caía en un sopor del que despertaba como si nada hubiera sucedido.

Decidí que esa noche fuera la última. Reuní un poco de dinero. Lo fui apartando de lo que sobraba de las compras diarias. Sus manos mezquinas lo retaceaban.

Marché con lo puesto, un bolso pequeño y un abrigo. Salí. Me escondí en el zaguán de la casa de la esquina. Su cuerpo, antes alto, erguido era una sombra encorvada que venía tambaleante.

Caminé a paso rápido por las calles desiertas. La neblina se ceñía sobre la ciudad. Una suave llovizna bailoteaba las luces del boulevard, apenas mojado. En los portales perros flacos se acurrucaban dándose calor.

Semanas atrás había pasado por el convento de las clarisas a un costado de la plaza. Toqué la puerta. Una monjita muy arrugada abrió apenas la puerta. Alcancé a leer la inscripción: 1898. Me deslicé como un gato al pequeño espacio oscuro y lóbrego. La seguí por escaleras interminables hasta el altillo. Con el índice sobre los labios me indicó la puerta de la celda de clausura: -puedes quedarte- susurró. Se fue tan silenciosa que dudé: ¿subí sola?

Me tiré vestida sobre la cama de hierro. Una mesa pequeña y un minúsculo armario serían mis compañeros silenciosos del austero lugar. Mi último pensamiento antes de dormirme fue: "hoy comienza una nueva vida para mí"

Me despertó un llanto de niño que transpiraba por la pared. Aún estaba oscuro.

Más tarde escuché ruido de cacerolas. Pensé: "están preparando el desayuno". Feliz me levanté. La cocina desierta. "Es la hora del rezo" me consolé. Me preparé un té con hebras que raspé del fondo del frasco. Miré por la ventana. La huerta parecía descuidada. Me extrañó ver pastos donde antes lucían lechugas y acelgas.

La puerta se abrió. Miré, esperé que entrara alguna hermana. Era solo el ulular del viento.

Salí a la galería. Me senté en un banco de madera. Crujió. Las puertas de las habitaciones dejaban oír voces de madres y niños. En el centro del jardín la fuente lucía despintada. Los frutales, el limonero se mostraban mustios, secos. Un gato negro, fiero, salió detrás de una maceta caída. Pasó por delante de mí con un maullido largo, lastimero. Subió al primer árbol. Desde allí seguía mis pasos con mirada hostil.

Salí a la calle. Mirando a ambos lados, con temor que me vieran, llegué a la tienda de la estación. Necesitaban alguien para preparar pedidos en el sótano. Pagaban monedas. Lo acepté. No podía elegir. Compré algo de comida y regresé. Al pasar por el primer piso alcancé a escuchar voces airadas de mujeres adultas. Discutían. En el segundo piso una señora de batón barría el pasillo. La saludé. No me respondió.

Las semanas transcurrieron. Me iba temprano y regresaba casi de noche.

La tarde del último viernes di vuelta la esquina cuando advertí que un señor se retiraba luego de colocar en la puerta del convento un cartel: DEMOLICION.

Lo corrí.

Lo alcancé jadeando: -No puede ser- le grité

-¿qué no puede ser?- me respondió sorprendido.

-la demolición, grité contrariada, las monjitas, los niños, las señoras, ¿dónde iremos-
?

Abrió grandes los ojos y me dijo lo que nunca creí que iba a escuchar:

-señora, debe estar confundida, el edificio está vacío. Las monjitas fueron trasladadas al convento en las sierras. El edificio tiene graves fallas de estructura. No sabemos cómo se mantiene en pie-.

Me quedé de una pieza.

Subí la tortuosa escalera, tomé mis cosas y partí. Mientras bajaba las mujeres seguían discutiendo y la señora del segundo piso barría el pasillo sin verme.

Entendí que el Universo me había dado un empujón antes.

Ahora me abría la puerta.

- . -